

bres? No, en nada se descubre en nuestros mártires ni la bajeza ni la vanidad de las pasiones humanas.

He dicho tambien que no se podia formar paralelo alguno entre nuestros mártires, y los de las otras religiones. Desde luego podria haceros observar, con todos nuestros apologistas, que un considerable número de nuestros mártires no han muerto, como los de otras religiones, por opiniones especulativas de que estuviesen imbuidos, y que su entendimiento les presentase como verdaderas; sinó por hechos asombrosos y públicos, como fueron los prodigios de Jesucristo y de los Apóstoles, prodigios que ó habian visto con sus ojos, ó sabido por testigos oculares que sellaban su testimonio con su sangre. La palabra *mártir*, segun su etimología, quiere decir: *testigo*. «Y qué testificaron san Estéban, los dos Santiagos, san Pedro, san Pablo, san Simon y otros, cuando murieron por Jesucristo? Todos testificaron que le habian visto hacer milagros, que le habian visto muerto y resucitado, que les habia mandado predicar aquella doctrina. ¿Es digno ó no de fé su testimonio sobre hechos tan palpables? ¿forma prueba ó no la forma? Hé aquí toda la cuestion. ¿De qué daban testimonio los discípulos de los Apóstoles, tales como san Ignacio y san Policarpo, cuando morian en los suplicios? Todos testificaban que los Apóstoles habian referido los milagros de Jesucristo, y su gloriosa resurreccion, y que habian sellado con su sangre todas estas verdades. Los mártires posteriores trasmitieron el propio testimonio, de modo, que las diversas generaciones de mártires no han hecho más que perpetuar la cadena de testimonios irrecusables en favor de hechos que eran el fundamento de su religion. ¿Y se encuentra cosa igual en alguna parte?

Pero voy á considerar á los mártires bajo otro punto de vista. El verdadero carácter del martirio es morir por su religion ántes que abandonarla, aún cuando con solo renunciar á ella se pueda evitar la muerte. Así, se os propone la apostasia ó la muerte, os es dada la eleccion; libremente preferís la muerte, sois verdadero mártir: pues hé aquí cuál era la condicion del inmenso número de los mártires cristianos. Déjese, pues, de compararlos con los paganos, con los Judíos, los Musulmanes y otros sectarios, muriendo con las armas en la mano por su religion, ó pereciendo en una matanza general, ó sufriendo los suplicios decretados por las leyes, cuyo rigor no habian podido evitar. Seria preciso citarme idólatras, que hubiesen preferido la muerte á confesar la unidad de Dios, Judíos, que hubiesen rehusado rescatar sus días con un acto exterior del cristianismo, Musulmanes, anteponiendo la muerte á la abjuracion aparente de Mahoma, ó sectarios, que se lanzasen á las hogueras ántes que abandonar su doctrina.

No olvidemos que descendemos de estos héroes cristianos, y que podemos exclamar con más razon que aquel patriarca de la antigua ley (JOB. II, 18): somos hijos de los Santos: nos han precedido en la carrera, y nos esperan en la morada de su gloria: peleemos como ellos para triunfar como ellos, y consolemos á la Iglesia, nuestra madre comun, con nuestra adhesion á su doctrina y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestigios de sus estragos; pero, esperemos que de este nuevo género de persecucion no quedará más que lo que queda de las antiguas, recuerdos gloriosos para la Iglesia que las ha sufrido. ¿Qué se han hecho aquellos Romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras; aquel imperio que se lisonjeaba de ser eterno, cayó. Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que, pura y santa, se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

MARTIRIO POR LA FÉ.

CARACTÈRES DEL MÁRTIR CRISTIANO.

Beati estis cum persecuti vos fuerint propter me.

Dichosos sereis cuando los hombres por mi causa os persiguieren.

(MATTH. V, 11).

Hermanos míos: vengo hoy á vengar á la Iglesia de las injustas imputaciones que se le hacen, demostrando una de las más brillantes glorias de su pasado; es decir, la gloria de sus mártires. No es mi intencion la de hacer ver, que en la sangre de estos héroes sagrados se apoya una prenda de verdad para el Evangelio y una prueba de divinidad para la Iglesia, como se ven descansar las gruesas perlas en el fondo del Océano: semejante órden de ideas no entra en el cuadro al cual he prometido circunscribirme; mi voluntad es la de

mostraros sencillamente, que no cabe ningun término de comparacion entre nuestros mártires y los que no pertenecen á nuestra fé, y que nada hay más inexacto ni más injusto que esos paralelos, con que intenta el mundo cada dia falsear el principio de su valor, y rebajar su grandeza.

Ved aquí los tres diferentes rayos con que vemos coronadas las frentes de esas augustas víctimas por mano de la historia: inocencia é integridad sin tacha, valor sin fanatismo, prodigios sin número y sin ejemplo.

Tales son, señores, los tres puntos en que insistiré; pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Examinando, señores, los discursos y las obras salidas de la herejía, de algunas ramas de la filosofia racional, ó del liberalismo, se ven, al paso, nombres, ante los cuales el orador y el escritor se inclinan, como ante los nombres de los mártires. Remontaos á la historia de los que los llevaron, y hallareis que, en efecto, perecieron en los encierros ó bajo la cuchilla de la ley; pero ¿por qué? Porque envilecidos en la vida privada por pasiones degradantes, se comprometieron en la vida social por odiosos atentados. En el hogar doméstico fueron unos miserables, en el Estado, anarquistas ú homicidas. ¡Singulares mártires en verdad, aquellos á quienes un hombre honrado no querría parecerse!

Los mártires de la Iglesia son de una naturaleza más augusta y más santa. Lo que en ellos se persigue no es el crimen: es la inocencia de la religion unida á la inocencia de la vida. Y ¿quién podría tacharlos con justicia? escribia en otro tiempo Tertuliano. Se habla de excesos y de infamias; pero ellos, al contrario, son los hombres más puros, vírgenes inmaculadas; fieles piadosos, magistrados intactos: es la flor de nuestra sociedad, y no se ha podido aún descubrir ni señalar ningun vestigio de los desórdenes que se les atribuyen. ¿Y puede esto extrañarse, cuando se abstienen hasta de una mirada indiscreta, de un deseo ilegítimo? ¡Se les llama enemigos del César! Ellos ruegan por él en los templos, siendo los únicos que lo hacen. ¡Se les acusa de enemigos de la pátria! Su sangre, más que la de ningun otro, se vierte en los campos de batalla. ¡Se dice que son enemigos de las leyes! Desde luego apostamos á que en toda la extension del imperio no se encuentra ni un solo cristiano que deje de observarlas, en cuanto son compatibles con las de su conciencia, ni que se halle detenido en las cárceles por su transgresion.

No (continúa Tertuliano), no se pretende castigar en ellos los cri-

menes de que son tildados, sinó el nombre que llevan. Decir cristiano, es decir anatema; y para creerse con derecho á sacrificar al que señala esta frase, basta designarlo, sin necesidad de convencerlo. Ved ahí lo que decia en aquellos tiempos un inmortal y vigoroso apologista al jefe del imperio Romano; y segun lo manifestaba á la faz del mundo, se perseguia en ciudadanos inocentes una calificacion no ménos inocente.

Hay más: ¡cosa extraña! Las mismas instrucciones de los emperadores contenian la apología de los cristianos que ellos condenaban á muerte. Plinio, el jóven, que gobernaba una provincia de la Bitinia, recibió órden de dar muerte á los que se llamaban sectarios de Cristo. Despues de un cierto número de ejecuciones, horrorizado con la multitud de condenados que quedaban aún, y poco convencido desde luego de su culpabilidad, escribió á Trajano para que le dijese qué debia hacer, y declarándole que, por su parte, no descubria en los cristianos más que dos crímenes: el de negarse á adorar los dioses, y la costumbre de reunirse todas las mañanas á jurar amarse mutuamente, y huir de los horrores con que se manchaban los paganos. ¿Y sabeis qué contestó Trajano? Pues respondió: esa es una raza que no hay necesidad de pesquisarla si ella no se muestra; pero, si se muestra, es menester castigarla. ¡Bizarro é inconsecuente lenguaje! prosigue Tertuliano: si se les condena, ¿por qué no se les pesquiza? Y si no se les pesquiza, ¿por qué se les condena? Evidentemente, esta manera de proceder lleva su acusacion en sí misma, y anuncia con claridad que se extermina á los cristianos, no porque sean criminales, sinó porque se ha concebido contra ellos un odio sistemático.

No están ménos justificados los mártires por las actas de sus procesos. ¿Qué se les pregunta? Yo os recomiendo que leais su historia en los anales de la Iglesia primitiva, porque la gloria de los mártires no se ha apagado jamás en la Iglesia. ¿Qué se preguntó á los mártires en los primeros siglos, así en Roma, como en Esmirna, Antioquía, Lugdunon y las Gálias? ¿Qué se les pregunta actualmente en los pretorios de la China? No se les dice: sois infames, homicidas ó traidores á la pátria, porque se sabe lo que podrian responder á semejantes acusaciones. Demasiado conocidas son para las magistrados la caridad de sus sentimientos, la intachable integridad de su conducta y la sinceridad de su patriotismo, para que quepa en ellos la menor sombra de desconfianza, ni para que crean necesario recurrir á las investigaciones judiciales. No hay más que un punto sobre el cual se les interroga, ni más que un hecho que esclarecer y que hacer constar, y está réasumido en esta pregunta: ¿sois cristianos? Sentado el deli-

to, se ha llenado el objeto de las informaciones y terminado el proceso. ¿No hay algun otro crimen? No se han inquietado por eso. Que sean funcionarios irrepreensibles, firmes, heróicos, ciudadanos sin tacha, ¡no importa! Su cristianismo, su fé, su inocente fé sola, les hace dignos de morir: el juez lo ha decidido, la sentencia está publicada por un heraldo, y bien pronto (si es en el mundo antiguo) el pueblo grita con una salvaje impaciencia: ¡á los leones los cristianos! Bien pronto, si es en el mundo nuevo, los mandarines y los verdugos de que disponen, se colocan para ver volar á tiras la carne de sus víctimas, y despues los variados suplicios que vendrán á finalizar la obra de la flagelacion.

En fin, lo más extraño de la iniquidad de este procedimiento incomprendible, y lo más glorioso á la vez para los mártires, es el delito que se persigue. Comunmente, cuando en los tribunales no está bien esclarecida la verdad, se procura adquirirla por las declaraciones del acusado. Si está conocida, se procede en consecuencia, sin intentarse la negativa del hecho. Mas, para los mártires es al contrario: ellos dicen y repiten con todo el lleno de su voz: ¡Somos cristianos! Confiesan lo que son; pero se quiere que proclamen lo que no son.

A otros se les pregunta la verdad, y para obtenerla se emplea, si es necesario, el tormento. A ellos se les pide la mentira: se les exige que nieguen el carácter que los distingue; y para conseguirlo se invocan los suplicios, es decir, que se les mira como inocentes, porque si fueran auténticamente criminales no se les absolveria con solo renegar del nombre que llevan. La integridad y la inocencia sin mancha es el carácter primero que distingue á nuestros mártires.

2. Pasemos ahora á su valor sin fanatismo.

¿Os ha acontecido, señores, encontraros con hombres que no han estudiado la religion ni tomado en consideracion sus glorias? Pues si les hubiérais hablado de los mártires, estoy seguro que, sacudiendo la cabeza y encogiéndose de hombros, con una boca contraida por la sonrisa y el desden, os habrian dicho: los musulmanes ¿no han tenido los suyos? El protestantismo ¿no los ha tenido tambien? Todo eso no es debido más que al fanatismo.

¡Todo eso no es más que fanatismo! ¿Y qué cosa es fanatismo? El fanatismo es á mis ojos el esfuerzo ó la exaltacion de la ignorancia y de la pasion, y nada de esto ni que se le asemeje encontrareis en los mártires. Yo lo miro bajo cinco puntos de vista diferentes: el de los preludios que lo preparan; las luces que lo inspiran; la espontaneidad que le acompaña; la suave energía que le caracteriza, y, en fin,

el de la universalidad que despliega; y bajo todos estos conceptos le veo extraño á lo que se llama fanatismo.

¡El de los preludios que le preparan! Habreis notado sin duda, que el fanatismo político ó religioso no se coloca casi jamás en la historia y sin intermediario, frente de ese que se llama mártir: él se propone dar entre dos un golpe de mano cualquiera de fácil tentativa: si no se le frustra, no muere: si, por el contrario, su plan se malogra, morirá, es verdad, pero este destino no lo considera como un bien, sinó como un resultado: tendrá quizá bastante orgullo para sufrirlo sin aceptarlo; pero, posee demasiado egoismo para poderlo amar, y le seria imposible soportar su aspecto si lo considerase con la vista de una razon tranquila: se encuentra en la necesidad, para manifestarse, de sumergirse en una especie de embriaguez febril, y ved aquí cómo para despertar de siniestros transportes recurre á siniestros medios: su origen le saca del silencio de la meditacion concentrada en una soledad feroz, ó bien de algunas de sus frenéticas reuniones formadas por pasiones incuas, especies de hogueras satánicas, donde trágicas iniciaciones y juramentos tenebrosos inflaman á los instintos pervertidos, y trastornan los cerebros hasta el punto de hacerles tomar la iniquidad del crimen por la santidad de una virtud, y la ignominia de un castigo por el esplendor de una gloria. Hé ahí el fanatismo: una electricidad que estoy tentado por llamarla infernal, nacida de una violenta ebullicion.

Pero, no es así como los cristianos preludian la muerte del anfiteatro. El martirio no era para ellos la consecuencia de un crimen ó de la prevaricacion, solo sí la de su bautismo: por él únicamente se hacian cristianos, admitiéndole como inevitable en perspectiva, como un destino que abrazaban directamente y por él mismo: á él consagraban su alma en su razon, como al último término de su fé, como á la suprema coronacion del deber: no era esto para ellos aisladamente una obligacion sagrada: recibíanlo como una gracia, y como la más santa y precisa de las gracias. A este título deseaban obtenerle sin valerse de funestos complots, ni de atentados homicidas, sinó ejercitando la virtud sin nota y sin límites. Se imploraba el valor para sufrirla, no al delirio de una exaltacion violenta, sinó á las inspiraciones y á los recursos de una religion grave y sábia: se estimulaban recíprocamente á preferir la muerte á la apostasia, mas por medio de reflexiones pacíficas, de discursos mesurados, de costumbres dulces y seguidas, y de suaves y patéticas ceremonias: no se pretendia embriagar los sentidos ni sublevar la imaginacion: se trataba solo de fortificar la conciencia y la generosidad: podia llamarse una centella

descendida de la divinidad, no una llama encendida como la de un volcan en el corazon de alguna débil mujer.

Ved, pues, la primera diferencia en favor de los mártires. El fanatismo ha nacido de una ebullicion apasionada: el valor del mártir sale de la tranquilidad de la conciencia, y por decirlo así, de la fé misma de Dios.

Segunda diferencia. El fanatismo no es únicamente un transporte frenético ó una especie de enagenacion febril, sinó un rapto de ceguedad: no está más ilustrado sobre su objeto, que reflexivo en sus impetus: parte ordinariamente de una ignorancia ó de una ilusion más ó ménos profunda, al rededor de la cual gira el principio de una pertinacia indomable. Esto es lo que se llama la pasion religiosa del mahometano, un hijo de las tinieblas.

Lo contrario es el valor del mártir, hijo de la luz. Justino, Cipriano, ¿cuántos nombres ilustres en los fastos del entendimiento, cuántos otros doctores y pontífices no ménos célebres en los fastos de la inteligencia no podria yo nombrar? Y todos estos hombres, todos estos millares de hombres fueron mártires, y lo fueron en el lleno de su razon y de su saber. Estaban penetrados de la verdad de los hechos que confesaban, así como de la nulidad de los dioses, de quienes rehusaban adoptar sus creencias y venerar sus imágenes: la sangre que vertian, la derramaban con conviccion: no era eso un sacrificio fundado en ideas aéreas, era un holocausto á las doctrinas examinadas y concienzudamente comprobadas. Ved aquí el mártir en su más brillante gloria.

Es verdad que fuera de estos hombres escogidos se encontraba una multitud de mártires faltos de ilustracion: tales eran, los niños demasiado pequeños todavía, las mujeres sin educacion, los esclavos, los paisanos y los trabajadores sin cultura; éstos no podian nivelar al propio grado de aquellos la razon de su valor, porque tampoco les era posible hacerlo de la razon de su religion; pero, los Papas, los Obispos, los sábios, los magistrados que los acompañaban al suplicio, hacian de ellos una potencia solidaria de luces, uniéndolos á los que se hallaban instruidos; y merced á esta medida, si el sacrificio de todas las víctimas no era igualmente examinado entre sí, al ménos su razon estaba convencida. La sabiduría de los prelados resaltaba sobre los rebaños.

Entremos, señores, en la tercera diferencia. El fanatismo ordinariamente empeña á una lucha y suscita los combates; y si causa la muerte, la muerte no es más que un resultado, un accidente ó un golpe de desesperacion. Al contrario, el valor del mártir consiste en la libre confesion de su fé.

Se habla con frecuencia del fanatismo de los musulmanes; pero, debe compararse al de los Hunos, los Vándalos y los Godos: fanatismo por la conquista, no por la religion.

Ahora trataremos de la cuarta diferencia, que es importante. De cualquier modo que tomeis el fanatismo, ya sea religioso ya político, hallareis en él algo de sombrío y de feroz: es severo, insultando á los que le ponen á prueba. Al contrario, el fanatismo de los cristianos, de los mártires católicos se señala por su energia celeste y suave.

Para condenar esos anarquistas de un nuevo género, seria justo que se inventasen refinados é inauditos suplicios. Una especie de lid se establece entre los príncipes, los pueblos y los verdugos, para averiguar quién es más hábil en dar tormento; y de ese concurso bárbaro y de la emulacion feroz que él enciende, saldrán procederes monstruosos á fuerza de ser crueles. Las hogueras, los machetes, los dientes de los leones y de los osos, será lo que tenga de más clemente. ¿Quién ignora que Neron se complacia en hacer envolver á los cristianos en betun y otras materias inflamables, en hacerles quemar á manera de antorchas en el circo, á donde él mismo conducia los caballos y los carros al resplandor de estas farolas humanas? ¿Quién no ha oido hablar de san Lorenzo, desgarrado con uñas de hierro, extendido sobre unas parrillas hechas ascua, vuelto y revuelto en todos sentidos; quién no sabe que el verdugo tenia cuidado siempre que le obligaba á hacer un movimiento, de derramar vinagre sobre las llagas abrasadas del mártir? Parece que un génio superior (yo deberia decir infernal) inspiró á los tiranos. ¡Tan fecunda fué su imaginacion en obras maestras de barbarie!

Y ¿cuál fué la actitud de los mártires en medio de estos tormentos? Víctimas de atrocidades sin igual, desplegaron una fortaleza sin ejemplo. Preguntados por los jueces y los emperadores, despliegan á su vista una firmeza sencilla y varonil. Así el procónsul dice á san Policarpo: «Denuesta á Cristo y yo te absuelvo.» Y el venerable pontífice le contesta: «Ya hace cerca de ochenta y seis años que le sirvo y nunca me ha hecho mal alguno; al contrario, le debo la salud de que gozo: ¿cómo pues quieres que yo le ultraje?» ¡Qué grandeza, y al propio tiempo qué mesura y qué conformidad! Pues este es el modo de hablar de todos los mártires: su firmeza es á la vez sublime y contenida: se respetan á sí mismos y se hacen respetar: no insultan á sus verdugos, y no experimentan desabrimiento ni pusilanimidad.

¡Heroismo afectuoso y sensible! No solamente se abstienen de procurrir contra los que les condenan y les matan, sinó que, ¡cosa admirable! les perdonan con dulzura y les pagan con amabilidad (como

lo hizo san Cipriano dándole algunas monedas de oro al que debía decapitarlo); les dan las gracias con efusion y los abrazan cariñosamente.

Y por fin, ¡oh heroísmo admirable de serenidad! En medio de los hornos que los consumen, sobre los potros que los dilatan, entre las garras de los animales salvajes que los devoran, no se limitan á la resignacion y al silencio, sinó que manifiestan ímpetus de alegría, cánticos de felicidad se escapan de sus labios santamente entusiasmados, una ráfaga celestial rodea su semblante, y hasta en el seno de la agonia se nota la expansion sincera y espontánea del alma que sonrie en el lleno de su ventura!

A eso dicen, que se han visto algunos hombres, algunos guerreros y filósofos espirar con calma y serenidad. Por ejemplo, Sócrates bebiendo cicuta: Régulo, volviendo á Cartago en busca de la muerte por respeto á una palabra á que no podia hacer traicion; pero, en estos hombres no se encuentra otro estímulo que el del orgullo ó el de su natural sangre fria: en el fondo de su energía se encuentra siempre cierta aspereza soberbia, árida ó insultante; la expresion de la actividad poniéndose de manifiesto en medio de los suplicios, la intrepidez que impresiona, y la constancia que hace desesperar, combinándose con una paciencia y una resignacion sin límites, es una mezcla que apareció por la primera vez en los héroes del cristianismo.

Quinto carácter del valor de los mártires y quinta diferencia. El fanatismo no es más que un transporte circunscrito y solitario: se limita separadamente á ciertos seres, y es necesario dar gracias á Dios por el beneficio que reporta la humanidad de no ser por entero tocada de epilepsia; pero, señores, el valor de los mártires reúne todos los caracteres, todos los géneros de la universalidad. Universalidad de edad. Santa Eulalia tenia doce años cuando fué martirizada en España; y al contrario san Potin al serlo en las montañas de Leon, llevaba sobre su frente venerable y marchita el curso de un siglo casi entero.

Universalidad de naturaleza y de condiciones. Habia mujeres jóvenes, damas cortesanias, señoras romanas, esclavos, guardias como Nicola y Sebastian, santos pontífices como Pedro y sus sucesores, en fin habia almas fuertemente templadas y tambien almas naturalmente pusilánimes.

Universalidad de tiempo. La Iglesia, cuya mano no descansa jamás, acaba de añadir en China nuevas páginas á esas actas de los mártires, principiadas á redactar en los anfiteatros del mundo antiguo.

Universalidad de lugares. Jerusalem, la Persia, la Armenia, Grecia, el Asia Menor, la Italia, la Francia, la Germania, el Africa anti-

gua y moderna, España, China y el Japon han visto innumerables apóstoles é innumerables fieles, mezclar su sangre con el rocío del cielo para fecundar en su suelo la gracia evangélica.

Si: el espíritu de los mártires es uno en todas partes. Ayer, hoy, al levantarse, al acostarse, yo le veo do quiera y en todo tiempo engendrar maravillas. Él hace desaparecer la debilidad de todas las razas, de todos los nacimientos; parece que á su vista las decrepitudes y las caducidades de los individuos y de las naciones se rejuvenecen: por él las leyes, sean las que quieran, se inclinan para asegurar el triunfo de la suya; y el heroísmo, que no era antes más que una excepcion en la historia, se ha hecho en cierto modo la inmensa alma, el alma universal de la humanidad.

Repasad ahora los hechos que acabamos de recorrer, y ved si hay ni sombra de analogía entre el fanatismo y el valor de los mártires. El fanatismo se exalta por un motivo apasionado y por medios siniestros, y muchas veces criminales, miéntras que el mártir saca su valor de la calma, la oracion y las pacíficas inspiraciones de la virtud. El primero muere por una fé que ni siquiera ha tomado en cuenta, ó por opiniones sobre las cuales es fácil preocuparse, ó hacerse falsas ilusiones. El segundo muere por sostener la certeza de los hechos, de aquellos hechos cuyo conocimiento recibió de sus mayores; ó por creencias cuya verdad está garantida por autoridades presentes, ó cuando ménos por autoridades decisivas. Para el primero no es el suplicio más que una desgracia inevitable, un golpe desesperado ó un azar: el segundo lo abraza por una eleccion espontánea. En el fanatismo, la fuerza procede de la exaltacion y la vanidad: es un leopardo que en cayendo, procura satisfacerse despedazando al que le amenaza. Al contrario el mártir católico: lleva el perdon en el corazon, la dulzura en las miradas, la bendicion en los labios; es un amor que su dulzura natural acompaña hasta en la muerte, y que en el altar del sacrificio besa aún al que se prepara para inmolarlo. En fin, el fanatismo no es sino una flaqueza estacionaria y local, sin que jamás haya contado más que un pequeño número de víctimas, miéntras que la Iglesia, dividiendo el guarismo general de los mártires que ha producido, cuenta cerca de un millon por siglo, y casi veinte y cinco millones en su totalidad. ¿Dónde están, pues, las analogías y las comparaciones que podrian establecerse? No: semejantes paralelos no pueden ser sostenidos.

3. La última diferencia que se nota entre los mártires y aquellos que se quiere contraponerles, es la de los prodigios sin ejemplo de que han sido objeto. Mirad los mártires en la liza: el fuego los res-

peta: el hierro se embota al tocar su pecho: veinte veces los verdugos, en gran número, se ven obligados á remudarse para conseguir la destruccion de unas vidas sumamente delicadas y unas existencias excesivamente frágiles. Por último, los mismos animales feroces, desarmados á una simple mirada de sus víctimas, se acuestan y se humillan á sus piés, consagrando sus fuerzas á defenderlos en vez de devorarlos, y se vuelven inopinadamente contra los tiranos en lugar de precipitarse sobre los mártires.

Su poder se extiende al mundo material y al mundo moral, y como san Estéban, dirigen una oracion, y á los pocos dias, Saulo, es decir, Pablo el perseguidor, se convierte en el más ardiente de los apóstoles. Otros, ántes de morir, dicen una palabra al verdugo que los martiriza, y éste, despues de haber sacrificado á su víctima, pide inmediatamente que se le martirice á él mismo. Y lo más admirable es, que el poder de los mártires se une á ellos hasta su muerte. La corrupcion parece tener miedo de tocarlos: sus despojos, despues de siglos y de siglos en que han permanecido depositados en la tierra, aparecen conservados intactos, florecientes de juventud y de frescura á la piedad que los visita, ó á la piadosa admiracion que los descubre. Con frecuencia, un perfume delicioso se exhala de ellos: á su contacto, los enfermos se restablecen, los muertos resucitan: á su aspecto (como podeis verlo en la historia de santa Agata) los volcanes se apaciguan, los incendios se apagan, las tempestades se calman y las armadas retroceden; últimamente, un poco de su polvo, un resto de su osamenta, un pedazo de mármol de sus sepulcros, ó un giron de sus vestidos, hé aquí lo que basta en la historia para rechazar las invasiones de los bárbaros, para hacer entrar en su cauce el torrente de una nacion desbordada; yo he dicho para reconstituir y sentar sobre sí mismo el mundo moral conmovido por los sacudimientos y los peligros que le amenazan.

Notad tambien los prodigios de vergüenza y de humillacion que se despliegan contra sus verdugos. El parricida Neron, pero perseguidor sobre todo, cae del trono: ni aún siquiera goza el honor de ser asesinado: era demasiado vil para ser muerto por otra mano que la suya. Domiciano le sucede despues en la tiranía, y á su turno es acuchillado dentro de su palacio, queriendo el senado que se aniquilase hasta su nombre. Decio, que excedió en su monstruosidad contra los cristianos, sucumbe en una derrota, y su cadáver es abandonado á las bestias feroces y á las aves de rapiña, que, devorándolo, no pueden ni aún así librarse de una especie de disgusto. Valerio, vencido por Sapor, queda reducido á servir de estribo. En fin, Galerio

es devorado vivo por gusanos que germinan en sus entrañas. Casi todos los perseguidores de los cristianos terminan sus dias, siendo víctimas de sus propios furoros ó de los extraños. Tales son los sucesos extraordinarios de que nuestros mártires han sido á la vez el objeto, el instrumento y la ocasion. Y despues de esto, ¿diremos que no damos crédito á esas maravillas? ¿Es posible que la temeridad de una negativa pueda comprometer la constante autoridad de la historia? ¿Diremos que esas maravillas pertenecen á otros mártires que los del cristianismo? Eso sería una burla. Esos héroes divinos nada tienen de comun con aquellos con quienes se les quiere comparar, y sobre los que resaltan tanto, como el cedro sobresale cual rey de las florestas por encima de esas yerbas miserables que se crian en las bajas regiones de la atmósfera. Creedme, señores, acomodémonos con el espíritu del género humano: no intentemos más hacer entre esos dos géneros de heroísmo comparaciones contra las cuales protesta: veneremos siempre como él lo hace, en las santas víctimas con que la Iglesia se honra, justos sin tacha, héroes de una intrepidez sobrehumana, y en fin, testigos cuyas cicatrices y cuyas muertes deponen con una autoridad perentoria en favor del Evangelio, de la Iglesia y de su divinidad.

MATERNIDAD.

(SU DIGNIDAD EN LA LEY DIVINA.)

Multipicabo ærumnas tuas: et in dolore paries filios.

Multiplicaré tus trabajos: con dolor parirás tus hijos.

(GEN. III, 16.)

Al considerar, hermanos míos, la dignidad y el esplendor primitivo de nuestra naturaleza, no podemos ménos de recordar las grandes y dolorosas escenas de nuestra caída y nuestros desastres. Hoy vengo á contaros el más sorprendente y desgraciado episodio de ese drama lastimero. Oid la palabra del Señor: «Yo multiplicaré tus angustias,